

A Virginia le gustaba Vita en palabras de Pilar Bellver

Podemos tener una actriz favorita (la magia del cine es verla correr, comer, hablar, llorar...; verla desnuda plácidamente durmiendo o jadeando junto a otro cuerpo) y podemos fantasear por eso (sin que nos haga falta mucha imaginación) poniéndonos a su lado en escenas de sexo. Pero la magia de la literatura (en cierto modo más poderosa que la del cine) es, para algunas de nosotras, que puede hacer que nos ocurra lo mismo con una escritora. Su obra (sobre todo si nosotras mismas somos escritoras también) nos permite intuirlo con más certezas sobre su ser verdadero (o el más profundo al menos) que un argumento prestado a una actriz contratada; se podría decir que su obra nos permite amar a una escritora a la que no conocemos con más fundamento que una película a una actriz igual de desconocida. Tenemos, pues, el mismo o más derecho a fantasear con ella (aunque «derecho» no es la palabra; quizá sea mejor decir «riesgo»: corremos el riesgo de querer imaginarnos a su lado) del mismo modo que una adolescente se imagina en brazos de su actriz más adorada.

En vida de Virginia Woolf (1882-1941), Vita Sackville-West (1892-1962), también escritora, quiso conocerla a toda costa porque ya la admiraba, ya la había intuido, ya la amaba... así que solo le faltaba eso, conocerla. Se empeñó

y lo consiguió. Aunque no le costó mucho porque Vita era una de las nobles con más rango de Inglaterra, tenía 30 años y era especialmente atractiva: había pocas puertas que no se le abrieran. Sin contar que, además, como escritora, era mucho más conocida, sus libros se vendían bastante más que los de Virginia en aquel momento.

Yo no soy guapa, no tengo *glamour* y, sobre todo, no estoy en vida de Virginia, no puedo, pues, hacerme ilusiones sobre que un día verá dónde pone sus ojos (tan claros como los de un halcón, según Gerald Brenan) durante una conversación conmigo. Me gusta observar dónde, en qué parte de la habitación o de mí, pone sus ojos una persona con la que estoy hablando (además de en los míos, que es el sitio esperable); dónde los pone, quiero decir, cuando se descuida y no los controla adecuadamente. No puedo hacerme ilusiones sobre que una tarde me la encontraré paseando por la misma veredita por la que sé que paseó en cierto alto de las Alpujarras ni por alguna íntima calle del Albaicín... ¿O sí puedo?

No se me había ocurrido que podía. No me había atrevido a que se me ocurriera. Años y años de admiración a Virginia y de entusiasmo por su historia de amor con Vita y no se me había ocurrido hacerlas protagonistas explícitas de una fantasía. Hasta que Gonzalo y Alberto me escribieron para que formara parte de esta antología. Hasta después, mejor dicho, porque antes hubiera elegido a otra escritora de la lista que proponían a la que adorase menos y a la que pudiera acercarme con más garantías de no hacer el ridículo en su presencia. Pero ya habían elegido mis compañeras a casi todas y Virginia y Vita seguían allí, esperando. Con más miedo del que os podríais creer y con

más incertidumbres que ideas, acepté escribir sobre ellas. En realidad, ya las había elegido desde hacía mucho tiempo: a Virginia desde los 17 años, desde que leí *Una habitación propia* como la feminista que ya era y poco después *Orlando* como la escritora que sería. Y a Vita desde que leí *Retrato de un matrimonio*, a los 19 años, como la lesbiana que estaba empezando a ser.

La mía, pues, es una historia de amor y de gratitud hacia Virginia y Vita, así que no esperéis de mí que os haga una narración crítica sobre ellas, sus vidas o sus obras, ni sobre las contradicciones de clase a las que nos enfrentamos al leerlas ni sobre el sentido último que le dan a la literatura. Quede eso para otra ocasión.

Lo que sí puedo explicaros «racionalmente» son algunos porqués formales de mi relato. Puedo explicaros, por ejemplo:

Por qué tiene dos partes

La división en dos partes se deriva de la estructura del texto en sí mismo, como veréis enseguida, pero responde sobre todo a mi idea de que era necesario reflejar el hecho de que, en mi caso particular, el trabajo para esta antología era sobre dos mujeres, Vita y Virginia, escritoras las dos además, y no solo sobre una de ellas. Si le ponía voz a una, enseguida me asaltaba la necesidad de darle voz a la otra. Voz propia, quiero decir. Ha sido, pues, inevitable y, hasta cierto punto, justo. No obstante, Virginia es la protagonista principal de la narración. Quizá por eso, y de nuevo para equilibrar, la protagonista de las notas a pie de página es sobre todo Vita, su casa y sus orígenes.

Eso me ha llevado también a no haber podido evitar que mi trabajo sea un poco más largo (teniendo en cuenta que es doble, Virginia + Vita, el exceso, creo yo, puede estar justificado).

Por qué son cartas

Le he dado forma de cartas porque al leer a lo largo del tiempo las biografías que han ido saliendo sobre Vita y Virginia, lo que más me ha impactado personalmente ha sido su epistolario, tener acceso a él. Porque representa la parte más íntima que conocemos de las dos, la más sincera (dentro de lo posible), la ajena a la vigilancia que establecemos las escritoras cuando sentimos la amenaza de que un texto pueda ser publicado; y la más equilibrada (otra vez ese concepto), ya que en las cartas hablan las dos en igualdad de condiciones. En las cartas asistimos a una comunicación de ida y vuelta tan real como debe ser, mientras que las obras literarias de las dos no son comparables y no podemos ponerlas en pie de igualdad porque Virginia se come con creces el relativo talento que tuvo Vita como escritora.

Por qué hay tantas notas a pie de página

Las notas a pie de página, con esa intención las he redactado y distribuido, ayudan a que el texto que os presento sea de verdad independiente del grado de conocimiento que una lectora tenga sobre los personajes que aparecen. Ayudan (tanto o más que mi narración) a querer saber más de ellos; son interactivas entre mi narración, que es ficción, y las biografías, que solemos tener por reales. Y sugieren

continuamente que se puede acudir sin complejos a teclear para averiguar más detalles (buscar en Internet como método popular, accesible y democrático de acercamiento al conocimiento en una primera etapa del interés); es decir que, para disfrutar de la lectura, no es IMPRESCINDIBLE (como pretende el *establishment* intelectual) conocer al detalle una abultada bibliografía. En todo caso, esa será mi obligación como escritora, no la de quien viene a leer para disfrutar un rato y aprender un poco (no mucho). Aun así, para las mentes más curiosas, hay al final una mínima bibliografía imprescindible.

Por qué centrarme en contar los prolegómenos de la seducción y la primera vez

Quienes conozcáis algo la historia de estas dos mujeres no necesitaréis una explicación para eso. Representar la lucha, hasta llegar a la cama, para vencer los fantasmas de Virginia en todos los terrenos del amor (en el físico —se dijo que era frígida—, en el emocional —ella apenas tenía experiencias amorosas y conocía de sobra la vida libre y casi promiscua de Vita—, en el médico —era consciente de que no podía exponer su salud mental a los sobresaltos habituales en una historia de amor-deseo-plenitud-abandono-celos...—) es el reto más atractivo para quien se proponga fabular sobre ambas mujeres. También he pensado, mientras escribía, en esa legión de adolescentes que están en el proceso de descubrir si son o no lesbianas; a muchas nos queda ya algo lejos, supongo, pero ellas (y ellos) están descubriendo ahora los sobresaltos de fantasmas muy parecidos a los que atormentaron a Virginia en un primer momento. Los miedos, por

mucho que la gente LGTBI avancemos social y legislativamente, seguirán siendo durante mucho tiempo los mismos; siempre hay alguien que nos llama a «pecar» por primera vez y siempre hay una primera vez para decir que sí. Es precisamente ese proceso hasta llegar a nuestra *primera vez* el que más nos diferencia de los heterosexuales.

A Virginia le gustaba Vita¹

1

La tela azul

Carta de Virginia a Vita. Primeros de diciembre, 1925.

Vita, mi querida Vita:

Acabamos de estar juntas y me pongo a escribirte con la cabeza llena de mis ruidos habituales (ya te dije que oigo voces y que estoy loca²) y ahora, además, de mariposas tuyas, nacidas en mí de tus gusanos, metidas en mí a través de tu boca. Tanto aleteo me aturde, tanto deseo gritando me ensordece la razón. Crisálidas, insectos. Dicen que no hay peor locura que soportar un insecto metido en el oído. También dicen que no hay mayor placer que ser besada por una mujer que de verdad te desea. Eso decías hace un rato, que me deseabas con todo tu cuerpo. Pero tu beso (como si no fuera más que la puesta de una incubación) ha llegado

- 1 El título se refiere a una frase muy conocida de Virginia Woolf: «*A Chloe le gustaba Olivia*, leí. Y entonces me di cuenta de qué inmenso cambio representaba aquello». (*Una habitación propia*, pág. 112, Seix Barral, 2002). Porque, según sigue diciendo Virginia, estaríamos ante la primera vez que podía leerse, en un libro escrito en inglés, que a una mujer le gustaba otra.
- 2 Virginia asumió su enfermedad desde el principio; ella misma solía decir que estaba loca, pero que tenía largos períodos de lucidez. Ya en junio de 1911, escribía a su hermana Vanessa, en una sola frase, un buen resumen de sus obsesiones más duraderas: «No podía escribir y salieron todos los diablos: los diablos negros y peludos. Tener 29 años y no estar casada, ser un fracaso, sin hijos, loca además, y ni ser escritora». (Tomado de *Virginia Woolf*, Quentin Bell. Ed. Lumen).

a mí, me temo, emboscando larvas de otras realidades posteriores; larvas de pequeños monstruos alados que serán su consecuencia y que me absorberán la sangre (o la savia que me mantiene viva, porque a veces creo que soy más vegetal que mamífera). Si ya te tenía miedo, ahora siento terror pánico. Me habitarás, me colonizarás (imperial de ti) y yo estaré perdida. Lo sé. Pero no debería hablar en futuro: ya me has invadido con un solo beso. Qué será si te dejo continuar y me abro a tus caprichos. Ahora mismo estarás pensando que te he rechazado porque me he ido. Pero he necesitado todas mis fuerzas para poder irme y eso también lo sabes; porque sabes mucho más de lo que yo sabré nunca de los mecanismos del amor. Puede que durante un instante llegues a creer que me he ido porque ha ganado la batalla mi prudencia y que, por tanto, no volveremos a vernos a solas. Pero será solo durante un instante. Enseguida te darás cuenta de que ya has ganado toda la guerra si he tenido que irme de tus brazos huyendo despavorida después de un solo beso. Pronto llegarás a la conclusión lógica de que tu victoria ha sido esta tarde casi completa. Pero no te pavonees. Porque no es una victoria sobre mí: yo estoy de tu parte, soy tu aliada en la lucha por que te hagas con el poder y estoy de acuerdo en que juntas mandemos al exilio las disidencias. Tu victoria (con mi ayuda) debe ser sobre mis fantasmas, a los que yo detesto más que tú, pero no logro desterrar.

Y mis fantasmas no son victorianos, son mucho más personales; me mortifican mucho más íntimamente, y son, por eso, más resistentes. Me refiero a que sabes que no soy una pacata victoriana que abomine de Safo como del peor diablo para una mujer, un diablo mucho más peligroso

para sus estructuras que la lujuria adúltera o la zorrería de pago en un burdel. Por algo la moral con la que nos atan los hombres le teme más a Safo de Lesbos que a Sally Salisbury³. No ha sido la mojigatería lo que ha espantado a mi caballo. Puedo hacerme cargo del peso de que me tomen por amante tuya.

No. He huido exactamente de las profundidades de mí misma porque nunca en mi vida me he sentido tan expuesta, tan vulnerable. Por instinto de protección, como la yegua se aspavienta ante la serpiente. Y no digo que seas una víbora venenosa (aunque tu fama de seductora de mujeres te precede y ya me advirtieron sobre ti mis amigos⁴), no hace falta que lo seas para que me encabrite y galope lejos de ti. ¿Sabe acaso la yegua si es o no venenosa la serpiente que la asusta? No se para a averiguarlo; tiene la prudencia salvadora de no pararse a averiguarlo.

De todas formas, en mi caso, y por eso te escribo, porque no puedo explicarte estas cosas de viva voz, porque no me dejas, porque siento flaquear mis certezas ante tus oscuros e inmensos ojos, porque fracasan mis argumentos cuando veo palpitar (respirar le llaman) tu deseo (tu corazón le dicen a eso) bajo tu blusa...⁵ en mi caso, insisto, otros fantasmas me amenazan. Tú los has despertado a todos al mismo tiempo y no sé cómo devolverlos al más allá, al remoto

3 Una de las prostitutas más famosas de Londres a principios del XVIII. Murió a los 32 años.

4 Nada más conocerse ambas, alguien, probablemente su cuñado Clive Bell, que era amigo de Vita y había organizado el encuentro, advirtió a Virginia: «Vita es una lesbiana declarada, ten cuidado, ha puesto sus ojos en ti». A lo que Virginia contestó: «Pues con lo esnob que soy, no sabré resistirme».

5 «Abre el primer botón de tu blusa y allí me verás anidando, como una ardilla de hábitos inquisitivos pero de todos modos adorable». De una carta de Virginia a Vita.

pasado del que salieron. Les digo casi gritando, para que me oigan: «Yo quiero a Vita, quiero al insecto, al crepúsculo⁶», que es como decirles: quiero a quien zumba ya dentro de mí más que vosotros, y la quiero aunque me digáis que ella será mi último atardecer. Pero ellos no solo no se van, sino que se ríen de mi dramatismo. A veces yo también me río.

Mis miedos, mis monstruos, mis zumbantes insectos, mi yegua desbocada... son solo míos y no creo que sean compartibles con nadie, pero hace unos días tuve un sueño que debo contarte porque te ayudará más que yo a entender algunas de sus amenazas. En mi sueño, iba yo paseando, como tantas veces, a orillas del río Ouse⁷ y pensando en mis escritos. La mayoría de mis páginas las escribo durante mis largos paseos por el campo o por Londres. Pensaba y pensaba y escribía, pero te escribía a ti y pensaba en párrafos de tus cartas, en frases tuyas de este incendio epistolar que nos ha traído a las dos adonde estamos. Nos hemos abrasado de deseo las dos por carta durante este último año, bien lo sabes, como dos adolescentes que no se atreven a hablar de humedades más que en sus poemas y siempre llamando, a la humedad salada que nos delata, cosas como rocío temprano, y temblor de hojas a merced de las ráfagas de viento

6 De una carta de Virginia a Vita.

7 Virginia trató de suicidarse varias veces a lo largo de su vida, y desde muy joven. El 28 de marzo de 1941, dejó su bastón de andar por el campo en la orilla, se metió una enorme piedra en el bolsillo de su abrigo, y se adentró en el Ouse para ahogarse. Según Leonard, su marido, ya lo había intentado unos días antes. Esta vez se aseguró de conseguirlo. Le dejó una carta que puede leerse en la red, pero es más interesante leer completo, por ejemplo, el último capítulo de la biografía escrita por Quentin Bell (*Virginia Woolf*. Ed. Lumen), porque da cuenta de lo que Virginia y Leonard («un judío socialista y su esposa») estuvieron planeando para suicidarse juntos si fuera necesario ante el avance imparable de Hitler y sus continuos bombardeos sobre Londres.

a la excitación. Iba, pues, disfrutando de mi paseo y llenándome de hambre de ti, como tantas veces en mi realidad, en mi vigilia quiero decir, cuando, de pronto, entre unos matojos y juncos vi flotar, en la orilla del río, un largo trozo de una tela increíblemente ligera y bellísimamente estampada (con un fondo azul claro y un dibujo de cientos de mariposas amarillas y naranjas, muy pequeñas y apiñadas, que cubrían casi todo el espacio). Era un trozo de tela de más de una braza de largo por algo así como pie y medio de ancho; flotaba y se ondulaba en el agua como el rastro de un pebetero de humo (tan ligera parecía) que trata al mismo tiempo de irse y de permanecer cuando alguien lo traslada. La tela limpiísima y fresca y el agua clara y sinuosa se habían hecho la una a la otra de tal manera que su abrazo era de una armonía perfecta. Pensé que sería maravilloso que ese trozo largo de belleza flotante, probablemente seda, se convirtiera en un fular para mi cuello. Tenía solo que acercarme a la orilla y pescar con mi bastón de paseo el retal y llevárselo a Nelly⁸ para que me lo recortara derecho y le cosiera ribetes. Según mi sueño, aquel sería el pañuelo más bonito que habría tenido nunca; casi lo sentí alrededor de mi cuello y resbalando por el escote de mi vestido. Y me acerqué a la orilla con cuidado para no resbalar al río y traté de acercármelo a la mano enganchándolo con mi bastón. Y, en ese preciso instante, cuando ya me veía disfrutando del regalo que me hacía el río, mi sueño se convirtió en una horrible pesadilla. La tela pertenecía al vestido medio deshecho por la corriente de un espantoso cadáver, mitad

8 Peculiarísima mujer —al decir de los biógrafos— que trabajó casi toda la vida para Virginia y Leonard. Virginia tuvo con ella muchos encontronazos, pero siempre se reconciliaban y Nelly volvía a trabajar para ella o no terminaba de irse.

mujer y mitad panza hinchada, blanquecina y azul de un pez enorme. El río había conseguido desnudar casi del todo a la mujer que había llevado ese vestido hasta su muerte. Su cara, con los ojos vaciados y sin nariz, pero inflada toda como una vejiga de algún embutido negruzco y morado, había perdido cualquier parecido humano y no era ya más que una horrible alucinación. El terror al descubrir el cadáver me empujó hacia atrás con tanta fuerza que medio caí de espaldas y tuve que gatear para levantarme y salir de allí corriendo. Traté de gritar llamando a alguien, pero no grité, no pude, se me cerró la garganta. Solo balbuceaba y sentía que me ahogaba, aunque estaba fuera del agua, como un pez sin voz. En mi pesadilla, mientras corría a campo través alejándome del río con la tela mojada en la mano, ocurrió que reconocí aquella tela; y, al mismo tiempo que la reconocía, que la recordaba, la tela se iba vaciando de mariposas amarillas y naranjas; las mariposas salieron volando de ella a oleadas y se fueron al aire y dejaron la tela solo con su fondo azul claro, como un cielo deshabitado.

Desde que reconocí la tela, sí. Porque esa tela de caro y elegante tejido, con su delicado estampado de mariposas sobre fondo celeste, era el vestido que Georges, mi hermanastro Georges, me regaló una vez. Mi hermanastro, Georges Duckworth, nos regalaba vestidos a mi hermana Vanessa y a mí porque quería hacer de nosotras dos señoritas a la altura de sus ganas de prosperar socialmente en los salones de la alta aristocracia⁹.

9 Uno de los textos de Virginia que más me gustan, por el extraño contraste entre el sentido del humor que utiliza para hacer el retrato de este despreciable Georges y la barbarie, sin embargo, de los hechos que narra sobre él, sobre todo en el párrafo final, es *Hyde Park Gate*, 22. (Incluido en *Momentos de vida*, Ed. Lumen, que es un conjunto de escritos autobiográficos). Para

Nos desnudaba de nuestros sencillos atuendos y nos vestía con sus regalos. Pero literalmente, Vita. No sabía que recordaba tan minuciosamente ese vestido hasta que reapareció en mi extraño sueño-pesadilla. En la parte que tuvo de sueño, recordé lo agradable que me pareció, en un primer momento, el tacto de la tela, y lo mucho que me gustó su dibujo de mariposas. Los hermanos Stephen coleccionábamos mariposas de pequeños. Las pinchábamos en nuestras cajas, pero era para darles la eternidad. Nuestra infancia llena de mariposas fue razonablemente feliz. Hasta que empezaron las muertes. Y los abusos. Primero murió mamá; yo tenía 13 años y me los había pasado tratando casi en vano de llamar su atención de alguna manera. Pero ella tenía siete hijos, tres Duckworth y cuatro Stephen; yo no era más que la penúltima. Probablemente no le quedaba atención (y resultó que tampoco vida). Y, con su muerte, la muerte se instaló en nuestra casa: dos años después perdimos a Stella¹⁰, nuestra segunda madre. No me quedaron madres. Solo hermanos. Aunque hubiera podido gritar, aunque los peces que balbucean ahogándose tuvieran voz, no habría acudido nadie.

No te será difícil entender los símbolos que esconde mi pesadilla si te digo que mi mente ha reaccionado contra mi cuerpo, contra el deseo, contra el entusiasmo que pro-

mí, sus escasas páginas (23 en la edición española que cito) son una pequeña, por su tamaño, obra maestra de la literatura. Una clase magistral de cómo se disecciona, por escrito, a un *cerdo* (en palabra de Virginia).

¹⁰ Stella Duchworth (1869-1897), hermanastra de Virginia, hija de Julia y de su primer marido. Cuando la madre de ambas murió, Stella se hizo cargo de la organización de la casa, del cuidado de su padrastro y de todos sus hermanos.

duce en nosotras sabernos guapas y querer estar guapas. Mi poco gusto por la ropa, mi desapego a los espejos, mi... ¿lo diré?... mi casi desinterés sexual... tienen una explicación. Las mariposas huyeron despavoridas de la tela, la infancia se acabó. Un día Georges me trajo un hermoso vestido, y a mí me entusiasmó el vestido y que mi hermano, que me llevaba catorce años, me hiciera a mí, no solo a Vanessa, que era mayor que yo y recibía más regalos suyos, un regalo tan caro. Recuerdo el placer que me produjo verlo terminado y preparado para ser mío. Y él vio en mi cara la alegría. Me pidió que le dejara ponérmelo para poder enseñarme cómo había que ajustarlo con las cintas. Me desvistió mientras recorría entero mi cuerpo con sus manos que se multiplicaban por todas partes ante mi nerviosismo y mi parálisis. Me besó muchas veces en el cuello, en la nuca, en el pecho, en la cara, en la boca. Cuando tuve el vestido puesto, continuó con sus recorridos por mis partes más sensibles. Y continuaron sus temblorosos abrazos. Odié el vestido. Pero odié, sobre todo, que me hubiera gustado al principio. Odié que mi reacción espontánea fuera sentirme halagada por el regalo, por la atención y por los privilegios de cariño que me concedía el hermano mayor. Odié haberme dejado arrastrar por la corriente del primer momento.

El primer momento. Desde entonces, todos los primeros momentos que llegan a mí desde la alegría, desde el halago, desde... ¿lo diré?... desde el deseo, mío o ajeno, se convierten enseguida en el anuncio de algo espantoso a continuación: el descubrimiento bajo las telas primero, bajo las sábanas después, de cuerpos hinchados, deformes, macilentos¹¹.

11 En ese último párrafo de *Hyde Park Gate*, 22 Virginia escribe: «Ya casi me

Pero, por muy terrible que pueda parecerle a ti, leído ahora, lo de Georges, lo cierto es que, con el tiempo, dado que Georges ha sido siempre estúpido, he llegado a despreciarlo de un modo tan radical como poco íntimo. Sí, poco íntimo. Ya casi ni me acordaba de él. Es como saber que te ha manoseado un idiota (un clínicamente idiota, quiero decir, un subnormal), babeante, pero incapacitado, por la propia debilidad de su inteligencia, para intimar contigo ni siquiera a través del daño que te hace. En serio. *Es verdad que Georges era anormalmente estúpido. Tenía increíbles dificultades en pasar los más sencillos exámenes. Durante años, cursó estudios intensivos con el señor Scoones, y una y otra vez lo suspendieron en las pruebas de ingreso en el Ministerio de Asuntos Exteriores*¹². No te digo más que ni todos los potentes enchufes de la familia y los amigos le valieron.

Esta tarde has venido a mí llena de mariposas que nunca he tenido en mi colección, nuevas, vivas y recién nacidas, y yo te he recibido con la alegría de la genuina inocencia (la que no quiere ser pura, sino sincera), con el entusiasmo, con... ¿lo diré?... con el deseo desbordante de quien ya te ha deseado durante meses. Y que sepas que había aceptado

había dormido. El cuarto estaba a oscuras. La casa, en silencio. Entonces, con un leve gemido, se abrió la puerta. Alguien entró de puntillas. Grité: “¿Quién es?”. Georges susurró: “No te asustes. Y no enciendas la luz, mi amor, ¡oh, mi amor!”. Se arrojó en mi cama y me tomó en sus brazos. Sí, las viejas damas de Kensington y de Belgravia jamás supieron que Georges Duckworth no solo era padre y madre, hermano y hermana para aquellas pobres chicas Stephen; era también su amante». (La traducción es de Andrés Bosch).

12 Cita textual de *Hyde Park Gate*, 22. Insisto en que leáis el retrato «divertido» de este hermanastro para entender por qué se puede sostener la idea de que a Virginia le afectaron mucho esos abusos, pero no hasta el punto de que ella misma los juzgase —y tenía talento para analizarse a sí misma— cruciales en su vida.

tu beso mucho antes de que lo posaras en mis labios, siglos antes, pero lo he recibido con la sorpresa de una excitación tan evidente y poderosa como nunca antes había sentido. Nada ni nadie había conseguido de mí tanta emoción, tanta verdad y tanto placer como acabo de sentir junto a ti esta tarde. Ya sé que te hablo de primeras veces y de máximos románticos como le hablaría un hombre experimentado y mentirosillo a su amada virgen. Aunque en este caso lo que digo es verdad y los papeles están cambiados entre tú y yo. Vale, te lo diré de otra forma, pero seguirá siendo decir lo mismo: con tanto fuego, has conseguido pasarme, de sólida que soy siempre, a lo líquida que me siento ahora mismo. Esta tarde he visto cómo me licuaba por dentro mientras, por fuera, procuraba mantenerme sobre el esqueleto que necesitaba rígido para salir corriendo. Tu versión será pensar que huir es de cobardes. La mía es saber que, a veces, quedarse es una temeridad.

Si mañana no me he arrepentido de haberla escrito, a primera hora haré que alguien te lleve esta carta. No creo que pueda dormir esta noche. Ni siquiera con esos medicamentos que dicen que tengo que tomar para que «nada me excite demasiado». Qué ironía. Vita contra Avicena: gana Vita.

Hasta ahora te he contado solo la primera parte de ese sueño, pesadilla y otra vez sueño que tuve el otro día. El final no era que yo salía corriendo despavorida para alejarme de la orilla del río y de mi nauseabundo descubrimiento. Te digo que ya ni me acordaba de Georges, así que la pesadilla no era, no podía ser, el motivo final de mi sueño. Empecé soñando contigo, soñando que paseaba pensando en ti y escribiéndote mentalmente la

carta que te mandaría después. Por eso fue tan espantoso el contraste cuando surgió la pesadilla. Pero, después de la pesadilla, terminé volviendo a soñar contigo. Y cuando tú apareces, en un sueño o en la realidad, haya estado pasando lo que haya estado pasando hasta ese momento, todo se vuelve disfrute a continuación. Huyo despavorida como si el cadáver pudiera salir del agua y perseguirme, huyo cubriendo solo mi retaguardia, mirando hacia atrás más que hacia delante, tropezando en las irregularidades del terreno porque no veía dónde pisaba, hasta que poco a poco el suelo se va convirtiendo en un perfecto y mullido y bien cortado césped, hasta que el río queda ya tan lejos que no puedo ver su orilla, aunque yo sigo mirando hacia atrás, con la urgencia metida dentro del cuerpo. No miro hacia delante, por eso tropiezo de golpe con alguien. Alguien ha interpuesto su cuerpo entero, con los brazos abiertos, para interrumpir el galope desbocado del mío. Y esa eres tú, deteniéndome en mitad de la inmensa explanada de tu descomunal casa de Knole¹³. Eres tú, Vita, abrazándome y tratando de que recupere la quietud y el resuello. Eres tú la que detiene por fin mi fuga eterna de mí misma. Y tú me preguntas entonces por qué corro y de qué corro y adónde pensaba llegar corriendo. Y yo no puedo responderte; y no lo hago.

No te respondo la barbaridad que sería reconocer que le debo al lelo de mi hermanastro Georges (sería una barbaridad y un absurdo porque sé que de Vanessa también abusó y en ella, sin embargo, no causó el mismo efecto), la bar-

¹³ La casa de Vita. Esta mansión solariega de la familia Sackville-West es una de las cinco más grandes de Inglaterra, más grande que Buckingham Palace, por ejemplo; y Virginia Woolf la convirtió, junto con la propia Vita, en coprotagonista, casi con entidad de personaje, de su novela *Orlando*.

baridad que supondría tan solo pensar que tal vez le debo a él que hoy te prefiera a ti por encima de todos los hombres y que no me haya sido posible el placer hasta que tú te has encarnado en mujer para mí. El disparate es tal que, en ese caso, tendría que correr a agradecerérselo como el mejor de los dones.

En mi sueño, no puedo darte ninguna explicación y no lo hago. Porque, entre tus brazos, la pesadilla se ha disuelto, mi fuga ha terminado, y una sensación de bienestar sin condiciones me invade. En lugar de responder a tus preguntas, y sin una palabra de más, ya está bien de palabras, te beso en los labios. En mi sueño, el primer beso entre las dos llega de mí. Es también el modo de silenciar tu eterna escalada de preguntas. Y es allí, en la gran explanada de hierba fina y recién cortada de Knole, rodeadas muy a lo lejos por miles de *flores de nieve, azafranes, jacintos, magnolias, rosas, lirios, asteres, dalias...*¹⁴, a la intemperie, pero amparadas en el secreto de los campos inmensos, es allí donde nos dejamos llegar las dos al suelo, entrelazadas e impacientes, asustadas pero seguras de que amarnos es ya el único modo de seguir amándonos. Podría hablarte de tu pelo negro revuelto por mis manos, o de tu *abundante pecho: sí, como un gran velero con las velas desplegadas, navegando*¹⁵, o de tus pezones volviéndose puntiagudos y clavándose, pero no ya otra vez en mis ojos como esta tarde, sino, por fin desnudos, en las dos dianas huecas que tengo en mi cintura. Podría, pero volverían a ser de nuevo solo palabras y tú te quejarías.

14 Solo la valla que rodea los jardines cultivados de Knole mide más de 24 kilómetros de perímetro. Esta enumeración de flores que hay en sus jardines, sin contar árboles exóticos y frutales, está tomada textualmente de *Orlando*.

15 Palabras de Virginia escribiendo sobre Vita en sus diarios.

Ya nos hemos enamorado de sobra la una de la otra, ya sabemos sentir el amor: ahora solo nos falta, tienes razón, hacerlo. Hagámoslo. Ámame. Hoy me he ido, pero no había terminado de llegar a esta mesa desde la que te escribo cuando ya había decidido aceptar tu invitación (sabiendo del todo lo que significa) para que pasemos juntas y solas unos cuantos días en tu casa. Sí, iré a tu casa, a tu cama directamente si lo prefieres; a tu terreno, pues, al altar en el que tú eres diosa y yo, humildemente, tu vestal. Si me amas, naceré de ti, o naceré contigo dentro, no lo tengo claro, pero naceré a tu lado. Náceme, Vita. Primero náceme y luego ya, si acaso, si es inevitable (y yo intuyo que lo será finalmente), si no hay otro destino posible, aceptaré que me mates de dolor cuando decidas irte. Te irás, y no solo a Persia¹⁶, y no solo esta vez, te irás y yo moriré de ti. Pero primero tendré que nacer. Es lo lógico, ¿no? Es el orden natural del universo.

16 Sabemos (por una carta de Vita a su marido y por su diario) que las dos se acostaron juntas por primera vez en la noche del 17 al 18 de diciembre de 1925, aunque no fue en Knole, como aquí se da a entender. Harold Nicolson (el marido de Vita, del que hablaremos más adelante) estaba destinado en Persia y Vita, que al principio se negó a acompañarlo porque no quería hacer las funciones de «señora de» en la embajada, decidió finalmente ir a pasar con él una temporada. En esas fechas, Virginia sabía que ella ya estaba preparando el viaje y que este duraría varios meses.



El cuadro

Carta de Vita a Harold. Mediados de diciembre de 1925.

Mi querido Harold¹:

Perdóname por no haberte escrito desde la semana pasada. Pero han sucedido muchas cosas que no me han dejado respirar. Todas agradables, no te inquietes... ¡Es que por fin conseguí que Virginia viniera a Knole a pasar conmigo, las dos juntas y solas, unos días! Recibí una larga y emotiva carta suya en la que por fin aceptaba venir, así que, nada más recibirla, me fui a buscarla a Londres y vini-mos juntas. El viaje en tren se me hizo infinito, a pesar de que la charla con Virginia, tú lo sabes, es siempre agradable y jamás te aburres con ella. Pero esas menos de dos horas se me hicieron un siglo. Porque estaba nerviosa, porque no sabía si quería llegar antes o no llegar nunca.

1 Harold Nicolson, marido de Vita. Sobre la especialísima relación de complicidad y amistad entre ellos dos, que les duró toda la vida y les permitió a ambos vivir libremente sus respectivas relaciones homosexuales, hay mucha literatura, pero el libro que marcó una época —y a mí misma, cuando lo leí muy joven porque por entonces no era fácil encontrar textos que hablaran claramente de lesbianismo, y menos aún biográficos/autobiográficos— fue *Retrato de un matrimonio*, publicado por su hijo Nigel Nicolson, en 1973. La primera edición española es del 75 y en mis manos debió de caer allá por el 79-80. En él, además de la relación entre Vita y Harold, podréis leer los amores lésbicos de Vita, especialmente los que mantuvo con Violet Trefusis y Virginia Woolf.

Ella, sin embargo, parecía mucho más tranquila, a pesar de que las dos sabíamos «para qué» era esta visita; a las dos nos daba miedo, pero, para ella, esto representaba, además, un atrevimiento como no recuerda, un pulso extraordinario entre sus fantasmas y sus deseos. Sería una prueba de amor si la superábamos o un fracaso de nuestra amistad si no sabíamos superarla: un fracaso si nos precipitábamos (y sé que precipitarme es mi defecto), pero lo sería también si nos enredábamos una vez más en palabras y más palabras, en brillantes razonamientos sobre cualquier tema (incluido el «nos queremos» como ese tema), pero en razonamientos en lugar de en caricias (que es el peor de los suyos). Antes de subir al tren, me dijo que me amaba todo lo que ella podía amarme y más de lo que había amado nunca a nadie. A cualquiera que le hagan esta declaración le parecería que es la máxima declaración posible, pero, en el caso de Virginia, ya he aprendido que no es suficiente. Por eso le respondí:

—Yo, sin embargo, te quiero para mucho más de lo que dices.

Me sentí orgullosa de la inteligencia de mi respuesta solo cuando ella se hizo eco de que había puesto el centro de la frase en el «para qué» y no en el porqué ni el cuánto. Sonrió de esa manera suya exquisita que a mí me excita siempre y dijo con toda sencillez:

—Bien, pues para lo que usted guste, lady Sackville.

A partir de ahí, te digo, yo fui un manojo de nervios, se me ocurrían mil cosas por las que todo podría salir mal. Recordaba tus palabras: «*Oh, querida, espero que Virginia no se te transforme en un atolladero. Es como si fumaras sobre*

un tanque de petróleo»². Tienes razón, por eso tenía y tengo miedo. Lo tengo por ella. Y es que amo a Virginia, ¿y quién no? Pero en realidad, querido mío, el amor a Virginia es algo muy distinto: una cosa mental, espiritual, si quieres, una cosa intelectual; me inspira una sensación de ternura que, supongo, se debe a la curiosa mezcla que hay en ella de dulzura y dureza (la dureza de su mente y su terror a enloquecer una vez más). Me hace sentirme protectora. También ella me ama, lo cual me halaga y me gusta (...) [Pero] me da un miedo espantoso producirle sentimientos físicos debido a su locura. No sé qué efectos puede tener: es un fuego con el cual no tengo ningún deseo de jugar. La quiero demasiado y la respeto mucho (...) No quiero embarcarme en una aventura que puede escapar a mi control antes de que tenga tiempo de advertir dónde estoy³. Todo eso es cierto, por un lado, pero, por otro lado, la deseaba y la deseo con todo mi cuerpo y a menudo su extraordinaria inteligencia me hace olvidar que debo tener en cuenta su fragilidad. A veces dudo incluso de que su fragilidad sea cierta. Su enfermedad sí lo es, todos los que la conocemos lo sabemos, por eso estamos todos pendientes, incluso tú, de que no sufra impactos fuertes que puedan producirle un brote, pero su fragilidad... no lo sé. Tal vez no la conozcamos lo bastante. Tal vez no sean la misma cosa. Porque Virginia no es la clase de persona que uno pudiera creer. En ella hay algo incongruente, casi indecente⁴. Me consta. Y es ese algo el que me ha dado pie a desear tanto acostarme con ella; me da pie a imaginarme amándola tan física y salvajemente como

2 Carta de Harold a Vita. Cita tomada de *Retrato de un matrimonio*, donde se reproducen muchos fragmentos de cartas cruzadas entre ellos y entre otros personajes de la vida de ambos.

3 Carta de Vita a Harold. *Ibídem*.

4 Carta de Vita a Harold. *Ibídem*.

si las dos fuéramos irrompibles. Y tal vez lo seamos las dos, no solo yo, como piensa ella. O tal vez, qué sorpresa, la única irrompible sea ella. Me fragilizo a su lado al mismo tiempo que me convierto en su protectora. Y no es contradictorio. (Tengo que dejarme de divagaciones o no acabaré nunca; todavía ni siquiera hemos llegado a Knole y ya llevo dos hojas).

Cuando llegamos y vio por sí misma las dimensiones de todo esto, ironizó con que era mi obligación enseñarle la casa entera:

—...como se hace a conciencia en España con todas las visitas que llegan por primera vez. ¿No presumes tú de ser medio española? —me dijo.

—Sí, y también presumo de casa —le contesté—, pero Knole tiene, según dicen, porque yo nunca me aburrí aquí lo suficiente como para querer ir a comprobarlo, 365 habitaciones, 52 escaleras, 12 entradas principales y 7 patios... Por eso le llamamos la casa almanaque. Si quieres te la enseño, pero entonces es mejor que encarguemos ya los regalos de Navidad..

Esta vez conseguí que riera. Y me respondió:

—Pues no es mal plan quedarme aquí contigo hasta fin de año.

Probablemente estoy ya más enamorada de ella de lo que querría reconocer, porque una simple frase galante como esa (no sería un mal plan quedarme aquí contigo) me dispersa la alegría hasta el cielo. Aunque sé, lo sabemos las dos, que yo nunca te dejaré a ti, que ella nunca dejará a Leonard y que no podríamos vivir juntas como una pareja ni siquiera si vosotros dos no existierais. Yo soy mala enfermera (casi soy mala madre, tú te ocupas más que yo de

nuestros hijos) y ella necesita a su lado a alguien que, además de quererla, la cuide. Y yo... ¿qué decir de mí?, tú lo sabes: necesito respirar de vez en cuando fuera del nido; del nido que sea. Virginia no podría soportar mis idas y venidas. (He vuelto a entretenerme en comentarios en lugar de contarte los hechos).

La llevé a la que elegí para que fuera su habitación, sus habitaciones: un salón, un despacho con una mesa en la que podrá escribir si quiere y un dormitorio con su cuarto de baño. (No pongas cara de pícaro, están bastante alejadas de las mías, ni siquiera están en mi ala, no están comunicadas por mis pasadizos, la he puesto en el ala sur, su dormitorio da al *Patio del Billar, a media legua al sur del mío*). Esta casa es tan grande y nosotras llevamos tanto tiempo jugando a provocarnos, que ya nada puede ni debe ocurrir por casualidad o como fruto de un instante de irreflexión. Quise asegurarme de que, si una noche venía a verme a mi cuarto, tuviera tiempo de sobra para arrepentirse por el camino⁵. La llevé a su habitación, sigo contándote, y le dije que descansara un poco, que yo iba a darme un baño y a vestirme luego para cenar; que me vestiría de gala, porque para mí

5 La casa de Vita es, efectivamente, tan grande que Virginia Woolf da comienzo a *Orlando* con una famosa escena en la que el protagonista, que está en lo alto de una colina, ve el movimiento que se produce en el valle, a las afueras y dentro de su casa, ante la llegada de la Reina y de su cortejo. Tiene que darse mucha prisa para bajar de la colina, entrar en la mansión, llegar a su cuarto y vestirse adecuadamente para ir a reunirse con su ilustre visitante. En menos de diez minutos está listo. ¡Pero...! Pero aún le queda un buen trecho que recorrer, por dentro de su propia casa, para poder llegar de su habitación al comedor donde le espera la Reina. «Por atajos que conocía —escribe Virginia— se abrió camino a través del basto sistema de cuartos y de escaleras hasta el salón del banquete, distante cinco acres del otro lado de la casa». Más adelante se menciona «El Patio del Billar» y que está, efectivamente, a media legua al sur de las habitaciones que se ocupaban habitualmente.

era una gran fiesta que cenáramos en Knole las dos solas y que quería impresionarla con mi mejor plumaje, como si el gran salón, donde yo la esperaría sobre las seis, estuviera lleno de la corte entera de la vieja reina Isabel. Que la reina Isabel había visitado hace siglos esta casa y también María Estuardo, pero que ninguna reina era más importante para mí que ella. Se lo dije con toda la pompa que pude y hasta le hice al final una reverencia tipo siglo XVI, así que ella volvió a reír y me comentó:

—Pero déjate de esmeraldas o de piedras así; no dejes de ponerte tus sencillas perlas; no te reconocería sin tus perlas al cuello⁶. La noche en que nos conocimos, durante aquella cena, las llevabas. Reconozco que si me fijé en tu precioso cuello no fue solo por las perlas... Jugueteeabas con el collar entre los dedos y terminó por romperse y las perlas acabaron de guarnición del pato, ¿te acuerdas?⁷.

—Perfectamente.

—Yo, sin embargo, no podré vestirme de gala para ti. Ya sabes lo torpe que soy para la ropa⁸.

6 Virginia escribió en su diario: «Me gusta Vita y me gusta estar con ella y su esplendor, me gusta su caminar a grandes pasos con sus largas piernas que parecen hayas, una Vita rutilante, rosada, abundosa como un racimo, con perlas por todos lados».

7 Esta anécdota se produjo durante la cena en que ambas se conocieron, el 22 de diciembre de 1922, y fue contada probablemente por Clive Bell, el cuñado de Virginia, que la había organizado para cumplir el deseo de Vita de conocer a Virginia, a quien admiraba mucho como escritora. Yo me la guardé en la memoria cuando la encontré en alguna de las biografías que he leído sobre ellas, pero ahora no recuerdo en cuál. No tengo la cita exacta.

8 Es verdad, hay muchas referencias a su «torpe aliño indumentario», que para ella era eso, una torpeza, y no siempre una rebeldía contra los cánones de la elegante alta sociedad inglesa. Por un lado, era consciente de que no le importaba lo suficiente el asunto como para esforzarse en ponerle remedio, pero, por otro, sufría las consecuencias y se sentía mal si se burlaban de su aspecto. Para entender mejor lo humillada que pudo llegar a sentirse a veces, leed las pocas páginas que tiene su cuento *El vestido nuevo*. Y, al hacerlo,

—Puedes no vestirte en absoluto si lo prefieres... —le contesté yo.

¿Te das cuenta? A una clara insinuación sexual mía, sucede una suya, y al revés, y así vamos, como en un partido de tenis, pelota va, pelota viene. Es un juego extraordinariamente excitante, pero tenía que terminar de alguna manera. Me pregunto si entre vosotros, los hombres, duran tanto los cortejos; ¿acaso no sois mucho más explícitos? Sin embargo, me encanta jugar y siempre me ha dado miedo que llegar al final fuera exactamente eso, llegar al final.

Me vestí, me juzgué prácticamente irresistible en el generoso espejo de mi habitación y a las seis menos cuarto me fui al Gran Salón de banquetes a esperarla. Estaba, como pedí, magníficamente iluminado con todas las lámparas de techo y de pie y de aparadores encendidas. Ahora no hay más que apretar interruptores para hacer eso, pero no pude evitar pensar en lo que debió ser, hace siglos, conseguir toda aquella luz solo con candelabros y bujías de aceite. Y también la mesa estaba preparada, pedí que la tuvieran lista para las cinco de la tarde, con mucha antelación. Había elegido el día de antes una vajilla especialísima que pensé que a ella le gustaría, una vajilla española, de la Cartuja de Sevilla, que debió de ser de mi abuela y que debió traer aquí mi madre desde Arcachón⁹. Pedí que

pensad que la escena que cuenta es en gran parte autobiográfica y que el Charles del cuento era Clive, y que el día de las burlas (por su vestido en el cuento, aunque en la realidad fue por un sombrero nuevo), la elegante y sofisticada Vita estaba, para mayor tortura, presente. No secundó las chanzas, pero las presencié.

⁹ Vita presumió siempre de ser nieta de Josefa Durán, de nombre artístico Pepita de Oliva, una bailaora gitana malagueña, de familia muy humilde, pero que llegó a ser aclamada en toda Europa por su talento y por su belleza. Vita escribió una novela sobre ella que tituló simplemente *Pepita*. Podéis

prepararan Malvasía de Canarias¹⁰ para los postres y Rioja para las carnes, todo muy español, porque Virginia adora España y me confesó no hace mucho que le encantaría que viajáramos allí las dos juntas. Lo tenía todo pensado y disfruté mucho pensándolo todo.

A menos diez me dije que estaría ya a punto de llegar. Pero miraba el reloj de la chimenea cada medio minuto, así que a menos cinco decidí pasear por la sala para perderlo de vista (el problema es que hay cuatro chimeneas más antes de llegar al fondo, con sus cuatro distintos relojes en las repisas). Tengo más de treinta años, ya debería de haber aprendido a no ser tan impaciente. Sonaron las campanadas de las seis en un reloj de alguna parte, y luego sonaron otras más lejos, y luego sonaron dos a mi lado casi a la vez, y luego sonaron las grandes y majestuosas del reloj de la torre de la capilla... No te haré a ti la espera todo lo larga que se me hizo a mí¹¹. A las seis y cuarto no había venido. A las seis y veinte me preguntaba si el reloj de su habitación no estaría en hora; ya sabes que en Knole el simple hecho de tener los relojes en hora requiere un manual de operaciones y un ejército de criados. Pero luego caí en la cuenta de que Virginia lleva siempre reloj de pulsera y llegó bien a nuestra cita en la estación. A las seis y media pensé seriamente,

teclear luego estos datos y encontraréis con facilidad más detalles de esta historia de amor entre el superaristócrata inglés, todo un lord, Sir Lionel Sackville-West y la gitana rompedora responsable de gran parte de la belleza de Vita.

10 En *Orlando* aparecen menciones a «vino de Canarias» y a «Malvasía».

11 Es muy larga la cita para ponerla aquí, pero os recomiendo leer un párrafo delicioso en que Orlando está esperando a su amada Sasha, desde mucho antes de la media noche, hora a la que han quedado para fugarse juntos, hasta mucho después. Virginia describe magistralmente las tribulaciones de Orlando mientras vigila el paso del tiempo y el proceso que va de la espera a la desesperación.

pero enfadada, en ir a buscarla personalmente a su habitación. Pero estaba demasiado enojada para eso, así que a las siete menos veinticinco llamé a la señora Grimsditch¹² para que fuera ella a buscarla. Y la señora Grimsditch estaba ya saliendo cuando Virginia entró por fin acompañada de una muchacha del servicio a la que yo no había visto nunca. (En ese detalle de no conocer al servicio, ni siquiera a las doncellas de dentro de la casa, he vuelto a notar que Knole ya no es realmente mi casa ni volverá a serlo nunca¹³).

Podría haberle reñido por el retraso como a una niña caprichosa que no cumple los horarios, pero no me dejó tiempo. Me cogió de la mano literalmente (en un gesto que me sorprendió porque es tan habitual en la infancia como raro luego, en cuanto nos hacemos adultos) y me sacó de allí a toda prisa mientras me decía que tenía que enseñarme una cosa magnífica, fantástica, que había encontrado en mi casa como si el mismísimo destino se la hubiera puesto delante para... Tenía tanta prisa que no terminaba las frases. Le hice una seña a la señora Grimsditch y a la chica para que no nos siguieran, para que se quedaran allí. Por el camino, mientras recogía del suelo pequeños trozos de papel, me fue explicando a trompicones lo que había pasado. (Yo apenas le prestaba atención más que al hecho de que todavía no había soltado mi mano; era delicioso dejar que tirara de mí). Que le sobró tiempo después de bañarse y que a eso de las cinco decidió darse una vuelta por su cuenta para recorrer algunas habitaciones de la casa y descubrir muebles, cuadros, tapi-

¹² Así se llama el ama de llaves de la casa en *Orlando*.

¹³ En realidad, la casa del matrimonio Vita-Harold era ya en ese momento Long Barn, desde que la compraron en 1915 para establecer en ella a su familia. Está a pocos kilómetros de Knole y tampoco es que sea modesta.

ces, porcelanas, esculturas, alfombras... Que le apetecía respirar los mismos objetos que había respirado yo mientras crecía y que se fue entusiasmando mientras pasaba de una sala a la otra y a la otra y luego a la siguiente, de un comedor a un gabinete, de un gabinete a un dormitorio, de un dormitorio a un salón... Que bajó unas escaleras y subió otras, que dejó un pasillo para torcer a su derecha por otro o quizá a su izquierda, y que entró por una puerta muy pequeña y apareció en un salón muy grande, que daba paso a una antesala que a su vez conducía a... Total, que se perdió. Que, cuando quiso volver, ya no sabía dónde estaba. Que intentó, por orientación, encontrar el comedor en el que habíamos quedado o al menos su dormitorio, pero que cómo narices (lo decía divertida) va a poder un simple ser humano orientarse en semejante enjambre de corredores y encrucijadas interiores. A todo esto, no dejaba de recoger papelillos del suelo y continuaba su llevarme de la mano a alguna parte. Que cuando desistió de poder «desperderser» por sí misma, buscó un timbre en la pared para llamar a alguien del servicio que supiera venir a buscarla. Que le rezó a su única diosa reconocida, a Artemisa, para que Knole fuera como todas las casas grandes y que, precisamente por su enorme tamaño, tuviera instalado y funcionando aquel eficaz sistema de timbres por el cual un criado sabe siempre desde qué habitación han llamado. Que encontró un pulsador en una pared y que lo oprimió varias veces y que fue al hacerlo cuando descubrió el cuadro que estaba justo en esa pared, de justo esa habitación, de justamente esa ala de la casa. Eso quería enseñarme, un cuadro. Todavía no habíamos llegado, pero ya lo había dicho: un cuadro. Y para eso seguía llevándome

medio corriendo y sin dejar de levantarse y agacharse cada dos por tres.

—He ido cortando trocitos de páginas en blanco de mi libreta de notas, menos mal que la llevo siempre en el bolsillo, nunca hubiera salido a un recorrido tan inspirador como este sin ella, y los he ido soltando a medida que la joven que has visto me devolvía a la zona habitada de este laberinto. Sí, me siento como Ariadna y te siento como a Teseo. Después de tocar el timbre varias veces, han tardado mucho, pero mucho, en venir; se ve que he estado muy lejos de donde me esperabas. Lo siento. Y menos mal que ha venido alguien. He recibido a la joven con mucho agradecimiento, la verdad. Luego hemos venido hablando los dos por el camino de vuelta, ella me contaba cosas mientras yo soltaba papelitos, cada vez más pequeños, por miedo a quedarme sin hojas. Quería las señales para mí, para poder volver al cuadro luego sin la ayuda de nadie; aunque ya he decidido, por eso las recojo, que, para la vez siguiente a esta, lo mejor será que me haga un planillo... no quiero ni pensar en lo que sería que se les ocurriera barrer los pasillos y que yo sola tuviera que encontrar de nuevo el cuadro. ¿Cuántos cuadros hay aquí? Seguro que miles, varios miles, más que en los Uffizi, más que en el Vaticano. La chica me ha dicho que era lógico que tuviera miedo de sentirme perdida aquí, aunque yo no he hablado de miedo, solo de preocupación porque me estarías esperando; pero ella ha seguido con su relato para justificar lo que no podía ser más que miedo y ha dicho que entendía perfectamente mi terror, porque (me dice ella textualmente, tratando de hablar fino) porque «la casa está *provista*», dice, «de multitud de fantasmas y es tan grande que es fácil perderse y rodar por una escalera

secreta o abrir una puerta que el viento podría cerrar para siempre —accidentes harto comunes como lo demostraban los repetidos hallazgos de esqueletos humanos y de animales en actitudes de agonía¹⁴». Total que, oyendo a la chica, sí que ha sido finalmente un poco de angustia lo que he sentido por los riesgos a los que me he expuesto sin saberlo... ¡Voilà! ¡Aquí está, aquí lo tienes! Mira bien este cuadro. ¿Qué me dices de él?

Efectivamente, habíamos llegado ante un cuadro que ahora estaba ya en penumbra, tuve que encender todas las luces eléctricas de la habitación para verlo bien porque las que hay fijadas por toda la casa apenas sirven solo para transitar sin tropezones. Representaba a una mujer muy atractiva; era un retrato de pie, de cuerpo entero, a tamaño natural. A pesar de ser un cuadro tan grande, y bastante bueno, me pareció, tuve que confesarle que verlo-verlo, lo que se dice verlo, era la primera vez que lo veía. Me temí que fuera obra de algún pintor extraordinario y que ella me tomara por una inculta, por una bárbara indigna de poseer una maravilla. Me acerqué a leer en voz alta la chapa que había en el marco: *María Tubau como La dama de las camelias. Luis Taverner y Montalvo, 1878.*

14 Cita textual de *Orlando*, en traducción de Jorge Luis Borges, que, además de sonar así de ampulosa, puede no ser la más recomendable porque, según dicen quienes saben, el señor Borges se tomó muchas licencias para hacer su traducción; no le tembló la pluma para corregirle a Virginia imágenes, figuras retóricas, metáforas...; hasta suprimió frases enteras que él consideró superfluas. Y no solo, también pasó por encima de matices de género que Virginia estableció y que, si en cualquier texto son importantes, en *Orlando*, donde las diferencias de género se convierten casi en *leitmotiv*, son vitales. Eso sin contar que el famoso árbol bajo el que suele descansar y reflexionar Orlando y que da título al famoso poema *La Encina* que él-ella trata de escribir durante varios siglos a lo largo de la novela, no es una encina, como dijo Borges, sino un roble. Alianza Editorial publicó en 2012 otra versión traducida por María Luisa Balseiro.

—Siento decirte que yo no entien... nunca me he...

—Fíjate en ella —me interrumpió Virginia entusiasmada—. ¿No te parece una mujer fascinante? —Verdaderamente lo era, pero no tuve que contestarle porque ella siguió—: ¡Ahí la tienes! ¡Y estaba aquí, en tu casa! Aquí, esperando a que yo viniera y me perdiese para que pudiera recuperar así uno de los recuerdos más bonitos de mi vida y más... influyentes. Yo la conocí, Vita. Personalmente. En la primavera de 1905. Durante mi primer viaje a España. Viajábamos solos mi hermano Adrian y yo, él tenía entonces 21 años y yo 23. Llegamos a Granada, que sigue siendo una de las ciudades más cautivadoras que he visto en mi vida, nunca he sido capaz de describirla¹⁵; y fue en Granada donde conocimos a esta mujer, a María. Íbamos paseando por la calle cuando vimos un cartel que anunciaba la representación, esa misma noche, de una novela de Tolstoi, *Resurrección*, que yo había leído no hacía mucho, adaptada al teatro por un autor español que no recuerdo y representada por María Tubau como protagonista y como directora de la compañía. Debía de ser una de las actrices más importantes de España en esa época porque, debajo de su nombre, ponían unos cuantos renglones de méritos

15 Durante ese viaje, Virginia escribió varias cartas a la que era entonces su amiga íntima y probablemente uno de sus primeros amores, a Violet Dickinson: «Se trata, con mucho, del mejor lugar que hemos visto; creo que casi el mejor lugar que jamás hemos visto». Se refería más bien a La Alhambra, pero a Virginia le encantaban Granada y España, por el carácter de la gente y por razones sensoriales que más tenían que ver con la naturaleza y el clima que con los monumentos; y dejó muchos testimonios escritos, en cartas y en artículos específicos, que contienen comentarios e imágenes que hoy nos resultan muy jugosas. Y también la parte fatal del destino la unió a España: su sobrino Julian, hijo de Vanessa, quería venir a España a luchar contra el fascismo; ni Virginia ni su madre lograron disuadirlo, pero al menos consiguieron que no viniera como soldado, sino como conductor de ambulancias. Aun así, murió al poco de llegar, el 18 de julio de 1937.

intelectuales y títulos honoríficos que le habían ido concediendo parece que ilustres personajes de la cultura. De pronto (como no sabíamos qué hacer por las noches, que ya sabes que en España son mucho más largas que aquí y eso que empiezan mucho más tarde: cualquier cosa menos irnos a la horrible cama que teníamos en nuestro albergue), nos apeteció muchísimo ir al teatro. A los dos. A Adrian, porque él siempre quiso, de joven, ser actor, lo quiso vehementemente, aunque luego no lo haya sido, y a mí porque me intrigaba saber si sería capaz de reconocer las escenas de la novela en las escenas teatrales, a pesar de mi escasísimo español. A los dos nos pareció una genial idea tratar de ver qué técnicas de representación tendría esa gente tan distinta de nosotros, tan apasionada y trágica, tan seria y tan expresiva a la vez. Quizá hubiera sido más atractivo aún verlos representar a Shakespeare en su lengua y a su manera, pero tocó Tolstoi, o lo que el adaptador español hubiera querido que fuera Tolstoi, lo que tampoco iba a estar mal como reto. Y allá que nos fuimos cuando llegó la hora. Nos presentamos en la taquilla del teatro con bastante antelación, pero desde la ventanilla nos dijeron que no quedaban entradas desde hacía días. No sé por qué extraño prejuicio esto nos sorprendió tanto... Y ya nos íbamos desilusionados cuando un hombre, a su modo muy bien vestido, se nos acercó medio en secreto y nos dijo que él sí tenía dos entradas para nosotros y en la fila cinco. A Adrian le pareció maravilloso, entre otras cosas porque el precio, a pesar de no ser el oficial, era muy barato para nosotros. Pero yo, que ejercía de hermana mayor y sensata durante el viaje, le hice un gesto indicándole que no pagara tan de prisa. Entonces el hombre, que se dio cuenta, se las

arregló para decirnos, medio en francés medio en español, que entendía nuestros recelos y que no hacía falta que nos fiáramos de él, que él sí se fiaría de nosotros. Nos dio una entrada a cada uno y propuso que uno de los dos, el que fuera, entrara con la suya y ocupara su butaca y que, solo después de ver que las entradas eran buenas, saliera hasta donde estaban los porteros para decirle al otro que ya podía entrar también y que me pagara. Decidimos que entraría yo y todo salió bien. Creo que los dos nos avergonzamos luego un poco de haber sido tan desconfiados...

Virginia hablaba y hablaba, dándome toda clase de detalles sobre el teatro, sobre el modo de vestir de la alta burguesía de la ciudad, sobre sus gestos de besarse y abrazarse y saludarse y charlar allí donde quiera que se encontrasen, incluso entre las butacas e interrumpiendo el paso de otros espectadores, que, sin embargo, sin protestar, esperaban con toda naturalidad a que la conversación terminara antes de ir a ocupar sus asientos...¹⁶, hasta que por fin se centró en el absoluto deslumbramiento que le produjo la mujer del cuadro, María Tubau, la protagonista de la obra. Me dijo que se pasó toda la representación recibiendo de ella más sensaciones y más información sobre las profundidades del alma humana de las que jamás había recibido de fuera de sí misma a través de ningún medio conocido como la literatura, la pintura o la música.

—Quizá fuera una suerte no entender las palabras —decía—. Porque no entendía el texto, pero la entendía a

¹⁶ Ya me gustaría a mí tener las palabras textuales de Virginia describiendo ese ambiente y el resto de cosas que aquí se cuentan, pero no hay absolutamente ninguna referencia en ningún texto ni biografía conocida sobre esta supuesta noche suya en un teatro de Granada. Lo único que sabemos con certeza es que Virginia y su hermano estuvieron en Granada en esas fechas.

ella, y así, en la oscuridad de la sala, disfruté de una especie de revelación sobre la universalidad de lo que sea que nos define en esencia como seres humanos. Cuando terminó la representación, Adrian, que también se había entusiasmado, propuso y se atrevió a hacer algo que a mí jamás se me hubiera ocurrido: que fuéramos al camerino de María para presentarle nuestros respetos como sus devotos admiradores. En realidad me arrastró con él. Parece que tenía experiencia en cómo se llega a la parte de atrás de los teatros. Había algunas personas esperando poder saludar a la reina de la noche, pero se coló entre esa gente y consiguió hablar (en francés, porque allí nadie parecía saber hablar inglés) con alguien del teatro que se diría que era quien daba o no entrada al camerino de María. No sé qué le dijo Adrian, no pude oírlo, pero consiguió que nos dejaran entrar a los dos a saludarla. Y la sorpresa es que nos vimos allí, en un espacio muy pequeño y muy austero, los dos solos con ella. Ya se había cambiado de ropa, estaba desmaquillándose y al mismo tiempo terminando de cerrar, ella misma, dos baúles, una maleta, un estuche con brochas y cremas... Habló con nosotros en francés, en un francés por lo menos igual de bueno o de malo que el mío. «Así que sois ingleses», dijo, «y tú eres actor y tu hermana es escritora». Yo miré a Adrian desconcertada, era la primera vez que alguien ajeno a mí me llamaba escritora y estuve a punto de desmentirlo. Pero él se dio mucha prisa en explicar que, en su caso, no pasaba de segundón, que había actuado muy pocas veces y en papeles no muy importantes, pero que yo, sin embargo, como dramaturga, ya había conseguido que alguna obra mía se representara en Londres, en un teatro muy pequeño de barrio, en Hyde Park Gate. Aunque en un

sentido estricto no mentía (porque se habían representado obras mías allí), no dijo que eran obras de infancia y adolescencia, y no dijo, sobre todo, que el teatro era nuestra propia casa, cuando vivíamos todos juntos, con mi padre, mi madre y sus siete hijos de los dos matrimonios; no dijo que el escenario era siempre nuestro salón y que los actores eran todos de la familia. Me hubiera gustado ser un basilisco para petrificarlo con la mirada. Pero no me quedó otra que secundar, tácitamente, eso sí, lo que decía. A mi hermano le gusta tanto actuar que muchas veces ha representado papeles de farsa solo para divertirse con la gente...

Le dije que lo sabía, y que no solo Adrian tenía esa afición, que ella también estuvo en la famosa corte de Abisinia que logró poner en ridículo a lo más florido de la armada inglesa. Que no podía negarlo, que salieron en todos los periódicos de Inglaterra¹⁷.

—No me lo recuerdes. Pero conste que yo no fui la inventora, ni siquiera participé en la planificación; a mí me añadieron a última hora porque les faltaba gente.

—Ya, ya... Pero en fin, dejémoslo, sigue con tu historia.

—Sigo, sí. El caso es que a María le caímos en gracia, no cabe duda, porque siguió hablando y hablando con nosotros, y nosotros con ella, no recuerdo exactamente de qué, pero de teorías sobre el teatro, supongo, y alguna pedantería por el estilo: dos mocosos de veinte años recibiendo la exquisita atención de una mujer que, por entonces, tendría

17 Se trata de una historia real —hasta hay foto de Virginia vestida de hombre negro y con barba como un miembro más de la corte de los príncipes de Abisinia—, que se conoció como el *Dreadnought hoax*, el engaño del *Dreadnought*. Leed en Internet o en alguna biografía de Virginia el episodio completo, que fue genial y que casi les costó la cárcel a sus protagonistas masculinos.

ya más de cuarenta, quizá fuera incluso un poco mayor de lo que yo misma soy ahora. Imagínate lo halagada que me sentía yo. Nos sacó con ella del teatro por un largo corredor y, cuando desembocamos en la calle, había cuatro personas, dos parejas, que parecían estar esperándola. Nos preguntó si habíamos cenado y tuvimos que responder los dos a la vez. El problema es que Adrian dijo que no y yo que sí. Ella soltó una carcajada. Adrian se disculpó explicando que las dos cosas eran ciertas: que sí porque habíamos cenado a nuestra hora inglesa, antes de la obra, y que no porque ahora, cuando eran ya más de las once, nuestra cena podía parecer en España más bien una merienda. Creí que su intención era invitarnos a cenar añadiéndonos a nosotros al grupo que la esperaba. Pero no fue así. Se acercó a ellos y entendimos que les decía que se fueran, que ella cenaría con nosotros. Excuso decirte lo inmensamente honrados que nos sentimos; no cabíamos de gozo; la noche parecía estar siendo trazada por una diosa ociosa que, para no aburrirse, había decidido adoptarnos por unas horas y concedernos mucho más de lo que nos atreviéramos a pedir. Empezamos a andar a su lado hacia la salida de la plaza donde estaba el teatro y pasamos por delante de la puerta principal y todavía había allí gente que la saludaba, gente que había formado a la salida de la obra corros de tertulia improvisada; los señores se quitaban literalmente el sombrero cuando la reconocían y las mujeres, llamándola de tú y por su nombre de pila, le decían: «Enhorabuena, María, has estado espléndida», y recuerdo a una que le dijo: «A ver si vienes más por aquí, María, que sabes que te queremos y el mundo no se acaba en Madrid». Me gustó esa cercanía tan llana y tan espontánea y no me habría extrañado que alguna

de esas mujeres se hubiera acercado a darle un abrazo para expresarles mejor su admiración. De hecho, una señora mayor, de unos setenta o así, que estaba charlando con los de su propio corrillo, cuando la reconoció al pasar, interrumpió la conversación para decirle en voz alta, de modo que lo oyó todo el mundo: «¡María, bendita seas: además de buena actriz, eres más guapa que un sol!» y le tiró un beso con la mano que María agradeció con un abrazarse ella a sí misma que era como si estuviese abrazando en realidad a la anciana. ¿Cuándo llegaremos nosotros, en nuestra hierática sociedad, a disfrutar del placer de la cercanía, no ya de la cercanía física, no pido tanto, pero de la emocional al menos, esa cercanía que en ellos es tan natural, tan espontánea, tan verdadera? Hasta esa noche, yo había creído que nosotros somos más tímidos y más distantes, pero, por lo mismo, también más respetuosos con las personas públicas a las que admiramos, y que es por eso por lo que no les demostramos nuestra admiración, porque sería incómodo para ellas. Bien, pues no es así. Lo nuestro no tiene ni siquiera esa ventaja, porque nosotros tres seguimos andando a nuestro ritmo por la calle durante todo el trayecto por los alrededores del teatro sin que a nadie se le ocurriera venir a pararnos, a interrumpirnos realmente, lo que sin duda sí que habría sido interminable y molesto para María. Cuando salimos de la zona de influencia del teatro, cuando ya no hubo espectadores que la reconocieran, María, para acelerar el paso, nos cogió a Adrian y a mí, a cada uno de un brazo, nos apretó a su costado, protectora y feliz, y yo, que, en un primer instante, no pude evitar ponerme rígida como una inglesa desprevenida, enseguida me relajé y disfruté hasta casi la emoción de ese otro gesto

tan andaluz, que había observado por la calle, pero que nunca sospeché que fuera tan asequible, tan sencillo y tan normal también entre casi desconocidos como nosotros. No recuerdo de lo que estuvimos hablando durante el camino. Entramos en una taberna que estaba llena de gente nada sofisticada, que bebía, comía y reía mucho y muy alto, pero que tenía al fondo un sitio apartado, menos ruidoso (aunque separado por una simple celosía que no llegaba al techo, de la altura de una persona), en el que había mesas más grandes y preparadas para cuatro, con mantel y servilletas. (En eso también me fijé durante nuestro viaje, en la facilidad con que la gente más elegante puede compartir los mismos establecimientos de comidas y de diversión que la gente más humilde. Para nosotros eso es todavía impensable). Tampoco recuerdo lo que cenamos, pero sí el vino que bebimos: un Rioja que María pidió por su nombre y que le trajeron en botella, no en jarras como lo habíamos estado bebiendo nosotros durante el viaje. Y que una botella no fue suficiente. Adrian bebió mucho y puede que yo también. Después de dos botellas, el camarero nos trajo por su cuenta, para los postres, un vino dulce de Málaga que a nosotros nos encantó, pero que María no probó siquiera. Le ofreció su copa a Adrian con toda naturalidad, como si le pareciera un desperdicio dejarla allí, y me preguntó a mí si yo quería otra. Le dije que no, pero se lo dije de un modo que allí debe de significar que sí, porque enseguida pidió otra copa para mí. No es que quisiera emborracharnos, porque luego no nos llevó a seguir bebiendo, pero nos mimaba. La veo poderosa y radiante como un águila en su nido, mirándonos con sus ojos laterales a uno y a otra al mismo tiempo, con más bondad que si fuéramos sus

polluelos hambrientos y despeluchados. La adoré completamente y sin reservas. Adrian, como hombre, trató de pagar, insistió, pero ella le dijo que no, y que no por tres razones: «No porque sois extranjeros y estáis en mi país, no porque soy mucho mayor que vosotros y no porque ha sido idea mía traerlos aquí cuando vosotros ya habíais cenado». Después nos invitó a acompañarla a su hotel para que siguiéramos charlando un rato. Por nuestra parte, nosotros, esa noche, habríamos ido con ella al mismísimo Hades con tal de no separarnos de su brazo; por la suya, sin embargo, era más difícil de creer que nos prestara atención. Aunque la verdad es, sin falsa modestia, que la conversación estaba siendo muy animada, sobre todo entre las dos. Las dos nos habíamos enfrascado a lo largo de la noche varias veces en razonamientos de altos vuelos sobre literatura en general, o sobre las intencionalidades que no deben faltarle nunca al teatro, o sobre las posibilidades reales, si las había verdaderamente o no, de subvertir con algo nuevo lo que se ha estado entendiendo hasta ahora por poesía, o sobre... vete a saber. (Por entonces, apenas hacía dos meses que habíamos empezado con nuestras tertulias de los jueves en nuestra casa de Bloomsbury, y aquella noche, que probablemente era jueves, gracias a la charla con María, no las eché de menos en absoluto. Me hubiera encantado poder llevarla a ella para que la escucharan nuestros jovencitos e inexpertos intelectuales, amigos de mi hermano Thoby). En fin... Lo que mejor recuerdo es cómo disfrutaba yo viendo que ella me escuchaba con sincero interés y cómo me rebatía unas veces y otras me daba la razón, tratándome tan en serio como si yo fuera alguien a tener en cuenta. Y era un misterio que nos entendiéramos

tan bien en una lengua que para las dos era prestada; tal vez la esencia del entenderse dos personas no descansa tanto como creemos en las palabras. Su hotel estaba en un precioso carmen, nos preguntó si sabíamos lo que era, en la entrada de El Albaicín. La noche de primavera en los jardines del carmen, que era muy grande a pesar de que entramos a él por una puerta muy pequeña y poco representativa (me encanta esa desproporción tan elegante que hay allí entre lo magnífico por dentro y lo humilde por fuera) era tan clara y tan llena de olores como solemos imaginarla en nuestros sueños más plácidos; fresca, luminosa, rebotante de flores tan impacientes por abrirse que más bien estallan al aparecer la luna y, a falta de colores vivos, derrochan aromas. (Yo me siento una de esas flores blancas que solo florecen de noche, sin color en las mejillas, y que solo cuentan por eso con el aroma para atraer a las mariposas). Su habitación no era de lujo, pero era más bien una pequeña suite: tenía una salita a la entrada, con un tresillo, separada del dormitorio por unas pesadas cortinas que estaban medio abiertas y que dejaban ver al fondo una cama. La cama era más baja que las nuestras y tenía un aspecto monacal, seguramente debido a la ausencia radical de cojines (de hecho, solo una estrecha y larga almohada, que iba de lado a lado y era de una sola pieza, rompía la horizontalidad. Concluí que todas las camas en España eran así de austeras y de incapacitantes para la lectura de un libro antes de dormir, que la ausencia de almohadones en los que respaldarse no dependía de la categoría mediana de los hoteles que Adrian y yo elegíamos). María nos invitó a sentarnos y nos dijo que podíamos usar sus servicios privados si los necesitábamos. Aquello me pareció una intimi-

dad maravillosa, pero yo jamás habría podido producir ninguna clase de ruido fisiológico estando ella lo bastante cerca para oírlo. Hubiera preferido que el baño estuviera al final de un larguísimo pasillo. Nos sentamos los tres, nosotras dos en el sofá y Adrian en uno de los dos sillones y... será porque la noche avanzaba y con ella se aquietaban las palabras y las ganas de hacer párrafos largos, o será que habíamos ganado en confianza y eso nos permitía disfrutar, en silencios más reposados, de la brisa que entraba por el balcón... el caso es que las miradas entre los tres cambiaron de significado. Los tres nos sentíamos muy a gusto simplemente estando. Y así, los comentarios se dirigieron poco a poco hacia nosotros mismos. María dijo que éramos encantadores y que envidiaba la libertad que teníamos para viajar así, solos, siendo tan jóvenes. Yo le apunté que para eso hacía falta, más que libertad, dinero; que no hay libertad sin independencia económica, sobre todo para las mujeres. Que nosotros éramos libres porque éramos huérfanos, sí, pero sobre todo porque contábamos con una renta anual, porque los huérfanos de las calles de Londres no tienen la «libertad» de venir a conocer España. A ella le gustó oírme decir eso. Y enseguida añadió, como si fuera el diagnóstico de toda la noche, que yo era muy inteligente, que sería una escritora brillante si ese era mi empeño, y que Adrian era un joven bellissimo, tan perfecto de facciones y tan atractivo que su futuro como actor era seguramente mucho más prometedor que el de otros jóvenes menos agraciados. Me preguntó si él tenía novia o yo tenía novio y a qué edad solíamos casarnos en Inglaterra los de nuestra clase social y otras cosas que nos fueron llevando a que yo, con mi fervor de juventud, le hiciera todo un discurso con-

tra la horrible cárcel que era para nosotros todavía la moral victoriana; le hablé de la necesidad de desenmascarar las falsedades de una sociedad que todo lo prohíbe y que niega esos mínimos placeres vitales que son el alimento del espíritu de cualquier persona inquieta; le dije que nosotros no estábamos dispuestos a reproducir todas esas hipocresías y disimulos. Y ella me daba la razón como si ya hubiera reflexionado en todo eso y hubiera llegado mucho más allá en sus propias exigencias de libertad. En estas, Adrian, poco a poco, vencido por la hora, y supongo que también por el vino, se fue quedando dormido en el sillón. María, ahora que estaba dormido y podía hacerlo sin incomodarlo, lo miró largamente con una sonrisa de infinita ternura, como si quisiera arroparlo, y tuve la impresión de que se adentraba en pensamientos propios. Y entonces a mí, un segundo después, esa ternura se me hizo sospechosa y candidata a ser otra clase de sentimiento. Y su parecer que quería arroparlo se me hizo de pronto un querer quizá abrazarlo. Y su ensimismarse un instante se me antojó un debate interno que la obligaba a reprimir alguna clase de atrevimiento. ¿Cómo puedo explicarte lo que pasó por mi cabeza? Tendrías que entender que mi inseguridad me ha jugado malas pasadas muchas veces, transformando un momento que yo he estado viviendo como una delicia de colores cálidos en una realidad oscura y fría en la que solo mi ceguera es real. Por eso sospeché de pronto de mi candidez, de mi falta de experiencia en la vida adulta y sexual, sospeché de mi incapacidad, por falta de ejemplos, para interpretar correctamente las señales del deseo; sospeché, te decía, que lo que yo tomé por ternura en la expresión de María pudiera ser en realidad deseo... Y, entonces, toda la

secuencia de lo sucedido desde que entramos en el camerino hasta ese momento se me vino encima reclamando que la interpretara entera de nuevo y a la nueva luz que se había encendido por fin en mi ñoño cerebro. Caí en la cuenta de que era mucho más lógico pensar que María (una mujer libre, libre y adulta; libre, adulta y perteneciente al desinhibido mundo del teatro, acostumbrada a tratar con escritores y poetas y artistas sin fortuna —que pintaban los decorados de sus obras para vivir, pero que seguramente escondían cuadros de ella desnuda, a lo Goya, en sus estudios—, acostumbrada a la noche y a las almas sin grilletes que la pueblan), ella, tal vez había querido, desde que Adrian se presentó como su admirador, estar con él, no como una amiga o como una madrina, sino como la amante carnal que aquella noche de primavera presagiaba. Ahora entendía de otra forma sus atenciones, su invitación a cenar y, sobre todo, su invitación a su hotel y la última parte de nuestra conversación en la que ella había intervenido con más solidez que yo contra los convencionalismos morales y sexuales de nuestra época. Y, junto con mis revelaciones, me acometió un terrible sentido del ridículo y de la vergüenza. Ahora me percataba de que seguramente tenía que haberme ido ya, por mi cuenta, a mi hotel. Dejar a Adrian con ella no me pareció abandonarlo, sino todo lo contrario: brindarle a él la oportunidad de saborear la vida en los mejores brazos que cabía apetecer. Otra cosa distinta sería saber luego si Adrian, o incluso la propia María, estarían realmente dispuestos o no a acostarse juntos, eso no lo sabía; pero lo que sí sabía es que yo ya estaba estorbando allí. En pocas horas había llegado a admirar tanto a aquella mujer, que ahora me moría de vergüenza con solo pensar

que ella pudiera pensar que yo no aceptaría una aventura física entre mi hermano y ella porque no estuvieran casados o porque ella le doblara la edad. Y ya no había modo de arreglarlo porque Adrian se había dormido y seguramente tendríamos que irnos sin que ella llegara a saber que esa posibilidad de relación entre los dos, a mí, no solo no me parecía mal, sino que hasta la habría favorecido dejándolos solos de haberme dado cuenta antes. Mientras todo eso se me precipitaba en mi mente, en realidad no habían pasado ni un par de segundos en la escena real y, nada más ver que Adrian se había dormido del todo, María me hizo una seña para que me levantara sin ruido y la ayudase, no a despertarlo, sino a acostarlo en la cama. Tal cual. Señaló en silencio su cama para que las dos lo acostáramos en ella. Entonces yo le hice señas que significaban que aquella no era una buena idea. Y un instante después de hacerlas me hubiera pegado un tiro por mi torpeza porque ella podía haber interpretado, ahora con más motivo, que lo que estaba diciéndole es que no me parecía bien que mi hermano pequeño, el benjamín de la familia, fuera a acabar en su cama. Tal prisa me entró por deshacer el enredo, que la cogí directamente del brazo, yo, tan tímida como soy, y con toda la autoridad que fui capaz de lucir, la llevé al lado de su cama, traspasando la cortina y cerrándola un poco más, para poder hablar con ella sin que mi hermano se despertase. Y ahí, de pie, frente a ella, le aclaré en voz baja que, si despertábamos a Adrian ahora y él descubría que se había quedado dormido delante de su diva, se sentiría tan avergonzado, que de ninguna manera aceptaría acostarse, que querría irse inmediatamente, escaleras abajo, sin esperar siquiera a que llamáramos a un coche. O tirarse por el bal-

cón directamente, para tapar cuanto antes su apuro. «Pues no le despertemos entonces», dijo ella, resumiendo y con una lógica aplastante, «porque yo no quiero que os vayáis si todavía podéis quedaros un poco más». Y entonces yo pasé a enredarme explicándole de la mejor manera que pude que me daba cuenta de que tenía que haberme ido hace rato para dejarlos solos a los dos, pero que no sabía ni dónde estábamos y que no podía irme sola de madrugada por las calles de Granada si antes no me hacía ella el favor de pedir al hotel que me llamaran un coche o que una persona de confianza del hotel, a la que yo le pagaría bien el favor, me acompañase a pie hasta el mío. Ella, en voz igual de baja, repitió en su francés lo mismo que acababa yo de decirle en el mío, pero más brevemente y con otras palabras, para asegurarse de que había entendido bien. «O sea, ¿que tienes que irte para dejarnos solos a él y a mí porque crees que yo quiero quedarme sola con él?». Hasta que ella no resumió así lo que yo había dicho, no me di cuenta de la barbaridad que acababa de decir. Le había atribuido por mi cuenta el deseo carnal de acostarse con mi hermano esa misma noche, cuando acababa de conocerlo, y cuando él, por edad, podría ser su hijo. Otra vez volvió a caérseme el mundo encima; había vuelto a meter la pata de una forma intolerable. Mejor que pegarme un tiro, porque luego queda un cuerpo detrás y un rastro de sangre y sesos, lo que quería ahora es que una zanja en el suelo me tragase. Me dediqué con ahínco a pedirle disculpas por lo que me había atrevido a imaginar. «Por favor, no, perdona, es un disparate lo que he dicho, no quería ofenderte, al contrario, yo solo quería que supieras que, de ser así, aunque no quiero decir que así sea, pero, de ser así, yo quería solo que supieras que no pasa

nada, que a mí no me hubiera parecido mal, pero son imaginaciones mías y no tengo derecho a ofenderte pensando que tus motivos para...». Ella me dejaba hablar sin decir nada, no tenía ninguna intención de ayudarme, pero su sonrisa era cada vez más amplia y parecía divertirse oyéndome; dejó que me cociera todavía un poco más en mi apuro, sin interrumpirme, y cuando ya lo mío no eran palabras de excusa, ni de francés siquiera, sino un ininteligible tartamudeo de cuna, entonces, y no antes, me cogió las dos manos entre las suyas y dijo: «No es el caso, efectivamente, nada más lejos de mi intención, pero, ya que lo dices, ¿no se te ha ocurrido pensar que, de querer pasar esta noche con alguien, en todo caso habría querido que fuera contigo y no con él?». No puedo explicarte la descarga emocional y física, como la de un latigazo de hielo, que sentí. No podía moverme, no podía decir nada y, un parpadeo después, ya estaba dudando incluso de que hubiera oído bien lo que había dicho. Pero entonces ella, que adivinó mis dudas, soltó mis manos y puso las suyas en mis hombros, mientras decía que sí con la cabeza, como se hace para asegurarnos de que un sordo nos entiende, y allí las dejó un momento, sin apartar de mí su mirada fija. Yo seguía sin saber qué decir, en todas las lenguas me faltaban palabras. Pero no bajé mis ojos de los suyos, de eso sí me acuerdo bien. Pasado ese momento, en una sucesión de delicias que no puedo reproducir, María deslizó las manos desde mis hombros hasta los costados de mi nuca, y me cogió la cara entre sus dos manos abiertas, como si fuera a beber de mí. Y eso hizo. Me acercó a su boca para beberme, pero tan lenta, tan lentamente, tan despacito y tan sin dejar de mirarme, que yo tuve la eternidad entera para decidir si

apartaba mis labios de los suyos o los dejaba llegar hasta mí. Si dejaba que me besase, yo sabía, en el fondo lo sabía, que ese beso me conduciría a un territorio del que no podría volver... Ahí la tienes, Vita, mírala: esta mujer maravillosa tuvo a bien besarme. Y no fue un beso breve porque yo se lo devolví y duró hasta que ella quiso que acabara. Pero quiso. Y se acabó. Se apartó de mí diciendo que iba a tocar el timbre para encargarse de que nos pidieran un coche. Lo más delicada y suavemente que pudo lo dijo, pero lo dijo: que teníamos que irnos. Hasta entonces no pude decirle yo: «¿No es posible que me quede, verdad?». «No, no es posible». «¡Pero yo sí quiero quedarme!». «Lo sé. Pero tienes que irte, Virginia». Pronunció Virginia en español y mi nombre sonó en sus labios con un carácter tan firme y tan rotundo (no es lo mismo *Viryinia*, que suena como un resbalón, que *Virginia*, que suena como báculo en el que apetece apoyarse), tan sólido, que de ahí saqué la valentía que no tenía para seguir preguntándole si podría al menos verla al día siguiente. Me dijo que se irían por la mañana, que aquella había sido la última representación en Granada. Le pregunté a qué ciudad iban a continuación y entonces ella me dijo: «No puedes seguir la ruta de otra persona; tienes que hacerte la tuya. Y eres demasiado inteligente como para no saber esto». Y es cierto que lo sabía. Tenía que aceptar aquel beso como lo que era: un regalo imprevisto del que tenía simplemente que disfrutar y una revelación de la que iba a tener que hacerme cargo. Cuando nos avisaron de que el coche nos esperaba abajo y con Adrian ya despierto, cuando la despedida se hizo inaplazable, yo apenas acerté a decirle: «No te olvidaré, María». Y ella, entonces, dijo: «Lo que no tienes que olvidar es lo que

has sentido tú, no lo que he hecho yo. Y cuando las ganas de revivir ese recuerdo se te hagan insoportables, no pienses en buscarme a mí, sino en dejar al hombre con el que estés en ese momento. No cometas mis errores».

Y aquí terminó Virginia su relato. Miraba al cuadro, no me miraba a mí. No estaba esperando mi reacción. Cuando estuve segura de que no iba a añadir nada más, al cabo de un minuto muy largo, le dije:

—Buen consejo te dio. Pero no lo seguiste.

—Durante mucho tiempo sí. Y en cierto modo sí que lo he seguido. Estuve a punto de casarme con Lytton Strachey porque los dos sabíamos que él era homosexual... y hubiera sido, por eso, un matrimonio tan bueno como el tuyo con Harold. Cuando apareció Leonard, lo amé casi como a un igual y nos casamos sabiendo de antemano que nuestra relación no tendría esa parte física que tanto las complica todas. No le mentí y casarme con él ha sido lo mejor que he hecho hasta ahora en mi vida. Ni Leonard ni Harold nos impiden ser libres, y tú lo sabes.

Sin embargo, algo me rondaba a mí por la cabeza. Conociéndola, y sabiendo que su imaginación vuela y va siempre más allá que ella misma, tenía mis dudas sobre que la historia que acababa de contarme fuera cierta. Virginia no miente, pero fabula. Entonces decidí volver a coquetear con ella y preguntárselo directamente:

—¿No te habrás inventado esta historia solo para impresionarme, verdad?

Ella admitió el juego y, con una media carcajada, contestó:

—¿Impresionarte? A ver, a ver, explícate: ¿en qué sentido?

—Tal vez quieras hacerme saber que mi beso del otro día no fue el primero... el primero de una mujer.

—Y no lo fue, Vita, aunque esta historia hubiera sido un invento.

—Pero ¿pasó de verdad lo que acabas de contarme?

—Pues ahora que veo que lo dudas, me apetece que sigas dudándolo. No te lo diré. Nunca lo sabrás.

—Sí que lo sabré. Averiguaré si esta tal María Tubau fue de verdad actriz, y si representó alguna vez *Resurrección*, y si estuvo en Granada en la primavera de hace veinte años. Existen las hemerotecas, ¿sabes? Pagaré para que lo averigüen. Hasta puedo reunirme con tu hermano Adrian y contarle yo lo de esa noche de teatro en Granada, para que él me confirme que existió.

—¿Y qué? —decía Virginia muy divertida—. Verás que lo que te he contado es cierto, pero seguirás sin saber si ella me besó o no me besó aquella noche, entre susurros, en la oscuridad de su habitación...

En cuanto a lo que pasó después esa noche entre las dos, todavía dudo, mi querido Harold, de si será o no una indignidad contarte los detalles. Tú nunca me cuentas los detalles más íntimos de tus «diversiones» masculinas¹⁸, a pesar de que sabes que mi natural y perversa curiosidad los agradecería mucho. Sin embargo, creo que hacemos bien manteniendo un cierto decoro en esta suerte, es una suerte inmensa, de intimidad tan original y beneficiosa que nos une. (Además, esta carta está siendo larguísima). Pero no descartes que quizá algún día, cuando pase mucho tiempo, te

18 Las comillas no son mías, ni son una ironía de Vita. Según se cuenta en *Retrato de un matrimonio*, así se referían Vita y Harold a las aventuras homosexuales de este. ¿Quizá para rebajar su importancia?

deje leer lo que he escrito en mi diario sobre esa noche y los siguientes dos días que hemos pasado juntas aquí. Más que nada para que juzgues si esas páginas son, como me parece a mí, de las mejores que he escrito nunca. Me subleva saber que nunca podrán ver la luz. Malditos convencionalismos.

Termino ya, me doy prisa. Nada más irse Virginia de Knole (tú que me conoces supongo que lo habrás adivinado), no pude resistir la tentación de averiguar algo más sobre la mujer del cuadro. Todos los datos objetivos de la historia que me contó son ciertos, ahora me consta, así que está claro que Virginia debió de conocerla porque, siendo una extraordinaria casualidad que se topase de bruces con el retrato, no pudo inventarse sobre la marcha los detalles¹⁹. En cuanto al beso... ella tenía razón, mis pesquisas nunca servirán para saber si fue real o no.

El cuadro llegó a Knole por mediación de mi madre, Victoria Josefa Dolores Catalina (ya sabes lo que me gusta escribir todos esos nombres españoles al completo) y no sé dónde lo compró. Lo mismo pudo ser en España que en París, durante alguna de sus visitas a su amigo Rodin²⁰ (aconsejada por él compró algunas preciosidades que cuelgan por aquí). En todo caso, el cuadro es ahora de Knole, pertenece a Knole, así que, para corregir esa injusticia, hace un par de días mandé bajarlo de la pared, embalarlo y que se

19 Efectivamente, todos los detalles objetivos son ciertos. María Tubau representó en Granada, en la primavera de 1905, *Resurrección*, de Tolstoi, en adaptación de Gonzalo Jover. Y el cuadro de Luis Taverner y Montalvo, pintado en 1878 y que mide 214 x 135, puede verse colgado en el Museo del Teatro de Almagro. Y también en la web del museo, por si queréis buscarlo. Sin embargo, que Vita tuviera el cuadro y que María y Virginia se conocieran es algo que solo le debemos a la imaginación.

20 Rodin hizo varios bustos de la madre de Vita, de la que estuvo bastante prendado; alguno puede verse en la página web de su museo de París.

lo llevaran a Virginia a su casa. Como suponía que ella trataría de rechazarlo, se lo mandé con una nota en la que volvía a explicarle la furia que me produce saber que las leyes, dictadas contra las mujeres para expoliarlas en favor de los hombres, me quitarán a mí mi casa a la muerte de mi padre. Si yo fuese un hombre, heredaría Knole. Como no lo soy, lo heredaré mi tío y su estúpida mujer americana²¹. «Este cuadro no es de los Sackville-West», le escribí en la nota, «es de LAS Durán. Así que, por favor, si no quieres aceptarlo para que sea tuyo, acéptalo por lo menos para guardármelo en tu casa y que sea siempre de las dos».

Y ella, en la carta que ha llegado esta mañana, aunque me habla de muchas cosas, cuando se refiere al cuadro, no solo me da las gracias, sino que añade una cosa que no termino de entender: «No te preocupes: serás hombre igual que eres mujer (y no me refiero a que te vistas de hombre, como en París, para poder entrar del brazo de tu Violet a ciertos sitios²², digo que lo “serás” igual que eres mujer) y ya he ideado también el modo de hacer que Knole sea tuya para siempre. Confía en mí»²³.

21 Vita era hija única; debería de haber heredado Knole a la muerte de sus padres. Pero la ley establecía que heredasen los varones de la familia, así que perdió su casa (y no en favor del Estado, por cierto, sino de un hermano de su padre). Todavía sigue en manos privadas.

22 Este episodio de Vita haciéndose pasar por hombre, durante su estancia en París con su amante Violet, tiene mucha gracia y acarreo alguna que otra anécdota. Está contado en *Retrato de un matrimonio*.

23 Para terminar, una breve bibliografía (además de las obras aquí citadas):
 NICOLSON, Nigel. *Retrato de un matrimonio*. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1989
 BELL, Quentin. *Virginia Woolf*. Ed. Lumen. Barcelona, 2003
 DUNN, Jane. *Vanesa Bell / Virginia Woolf*. Ed. Circe. Barcelona, 1993
 FUSINI, Nadia. *Poseo mi alma. El secreto de Virginia Woolf*. Ed. Siruela. Madrid, 2008
 CHIKIAR BAUER, Irene. *Virginia Woolf. La vida por escrito*. Ed. Taurus. Madrid, 2015